

DESAAIUNO CORDOOBÉ

De dorapóa



POR BERNARDO JUSID. Crónica delirante de un buen descubrimiento: desayuno autóctono, rico, barato, abundante y al paso en cualquier esquina céntrica de la ciudad. Se incluye lectura de diario y charla diversa con quien toque compartir el pote de dulce de leche.

8.35 de la madrugada, deseos desesperados de desayunar. En mi cabeza no hay otra cosa que un café con leche calentito y espumoso acompañado de materias grasas varias. Los nervios acechan. Nada en los alrededores, hasta que... ¡Oh, sorpresa...! Clavamos los frenos del Audi y bajamos raudamente al grito de “dos completos”.

Lo que sigue parece de ciencia ficción.

Primero. El desayuno es diente libre. Segundo. Es de dorapa y en la lleca. Es café expreso, con maquina de café expreso de a-de-veras, como la del bar más mentado, con un mecanismo adosado al estilo lo atamo' con alambre que tanto nos caracteriza, pero en este caso bien hecho. A falta de electricidad una bomba manual permite sacar el café con la espumita y presión correspondiente.

Y siguen las sorpresas.

Luego de mirar el camioncito sobre el que se desarrolla toda la escena consultamos por dos café con leche, preguntamos cómo es y nos ratifican que es diente libre. Inmediatamente la pregunta hecha miles de veces: “como lo quiere, maestro”, yo elijo mitad y mitad, mi co-equiper haciendo fuerza con los párpados apenas balbucea “cargadito master”.

Y es un master: en segundos tenemos depositados sobre un mostrador (de acero inoxidable bastante limpio y ordenado a pesar del caos de casi 20 personas desayunando al unísono) los dos vasos con un brebaje espumoso que sería la envidia de más de uno de esos bares chetos del centro que sirven jugo de paraguas en tazas de diseño.

Primer trago y a lo sólido. “Sívase lo que quiera, master” –me lo dijo tantas veces que ya me siento maestro de verdad–. Facturas, chipacas, criollos calentitos,

grisines, galletas varias, bizcochuelos caserísimo y –lo más interesante– la socialización de la manteca y el dulce de leche. Sí señores, más de 20 machotes que se ríen y gastan todo el tiempo comparten cual señoritas de convento, una manteca, un pote de dulce de leche y un cuchillo, cada uno a su turno y en orden prusiano. ¡Maravilloso!

Digo como al pasar “estaría bueno leer el diario” y automáticamente la mano de un tachero me acerca la parte principal de La Voz (hay dos para que se cultiven los parroquianos), acá la más ocupada es deporte y los clasificados. ¿Qué más se puede pedir?

El sol de otoño ya asoma completo iluminando la plaza Rivadavia, estamos sentados sobre el respaldar de un banco, se percibe el bullicio de la ciudad que despierta y se mezcla con la charla de taxistas, remiseros, policías, chorros, albañiles, repartidores de gaseosas, enfermeros. Todos desayunan diente libre, de parados, por tres pesos y felices como si estuvieran en un resort all inclusive.

Nos vamos. Siento que falta algo. Claro... el vasito de soda pero sería mucho pedir. ¡Noooooo! Hay un cajón de sodas frescas y para tomar lo que quieras, me está por caer una lágrima. Ambos juramos al maestro: ¡volveremos! ☹️

